

# Estudios Integrativos: una esperanza en conflicto

ROSA DE GPE. ROMERO ZERTUCHE

Departamento de Política y Cultura, UAM-X

**E**l proceso de evolución puede caracterizarse como una diferenciación de estructura e integración de funciones. Cuanto más diferenciadas y especializadas sean las partes, tanto mayor coordinación elaborada se necesitará, para crear un todo bien equilibrado. El criterio último del valor de un todo funcional, es el grado de su armonía interna o integración, ya se trate de una especie biológica, de una civilización, o de un individuo. Un todo se define por la estructura de las relaciones que hay entre sus partes y no por la suma de esas partes. Así mismo una civilización no se define por la suma de su ciencia, técnica, arte y organización social, sino por la estructura total que ordena, relaciona y organiza a estas partes así como por el grado de integración armoniosa de la estructura.

Inversamente, el estado de enfermedad de una sociedad o de una cultura, se caracteriza por un debilitamiento de los registros que gobiernan la integración, así como por la tendencia que tienen sus partes a comportarse de manera independiente y afirmarse a sí mismas, ignorando los intereses superiores

del todo o tratando de imponer al todo leyes que sólo atañen a las partes.

Tales estados de desequilibrio pueden reconocer su causa, en el debilitamiento de los poderes de coordinación del todo, debilitamiento que llega a un punto que está más allá del límite crítico: la senectud por ejemplo; o bien por el estímulo excesivo de un órgano o parte; o por haberse cortado la comunicación con el centro integrador. El aislamiento del órgano respecto del gobierno central lleva, según las circunstancias, a la hiperactividad o a la degeneración. En la esfera del espíritu, la disociación de los pensamientos y de las emociones o de algún otro aspecto de la personalidad; produce resultados parecidos.

El angostamiento de potencialidades que rastreamos en el lenguaje de los que, por derecho propio o por conquista, nos encontramos dentro del mundo Occidental, Wittgenstein pudo describirlo, de manera lapidaria, en las primeras líneas del prólogo de su *Tractatus*: *Todo aquello que puede ser dicho, puede decirse con claridad; y de lo que no se puede hablar, es mejor callarse.*<sup>1</sup> Occidente calló, y restó matices, acható incluso, las rutinas de

la vida cotidiana, al grado que si no tienen un propósito definido, en aras de la eficiencia, se eliminan.

¿Qué ha sucedido con los seres humanos, que insertos en esas sociedades, no comparten necesariamente su ética o su estética?

¿Cómo han sobrevivido aquéllos cuyas características más sobresalientes no son la precisión y el razonamiento lógico?

La respuesta no es sencilla, pero un ejemplo por contraste nos puede ayudar. En nuestro país —México— las comunidades pequeñas eran microcosmos y así en cada pueblo había un médico, unos cuantos policías, el presidente municipal, un párroco, un profesor, y entre todos estos siempre había un *loquito*. Un ser humano que vagaba, o se asentaba en una esquina, y que lo mismo decía piropos atrevidos a las muchachas bonitas, que bravuconadas, a los señores altaneros y soberbios. Este personaje era generalmente protegido por algún ciudadano malgeniudo, que se regocijaba en en las transgresiones de su favorecido.

<sup>1</sup> cfr. Wittgenstein, Ludwig. 1980 *Tractatus* p. 31.



Todos estos roles marcaban los límites nómicos de esa comunidad que compartía un espacio. Así como las torres de la iglesia marcaban el centro del pueblo; el *loquito* marcaba el límite de lo permisible. Tenía conductas atrevidas, pero no lesivas a la comunidad, más bien representaba para ellos una *orilla* como el profesor, el médico y la enfermera eran otras *orillas*. Más allá, el pueblo no tenía otras referencias, en oposición a la gran ciudad, donde todo puede acontecer, lugar donde los límites no existen.<sup>2</sup>

Sin embargo, en los momentos cruciales para la comunidad este personaje podía ser *el emergente*, la persona más sensible que primero advertía el peligro, o señalaba las malas intenciones. Este personaje cargaba sobre sí, por depositamiento social, tareas que los ciudadanos sensatos no podían ejecutar. El médico o el profesor no podían tener *presentimientos* como el personaje de Juanprimito en Doña Bárbara.<sup>3</sup> Los roles sociales van estereotipando conductas que a la larga se van volviendo máscaras que ahogan el potencial, la creatividad e incluso la verdadera personalidad de los sujetos individuales.

En Occidente esta especialización de roles se ha agudizado en el último siglo. El *loquito* quedó en el manicomio, el *doctor* y la *enfermera*, en el hospital, y el *maestro* en la escuela o en la universidad. Todos debidamente encuadrados e institucionalizados. El poblito perdió sus referencias, sus *orillas* propias.

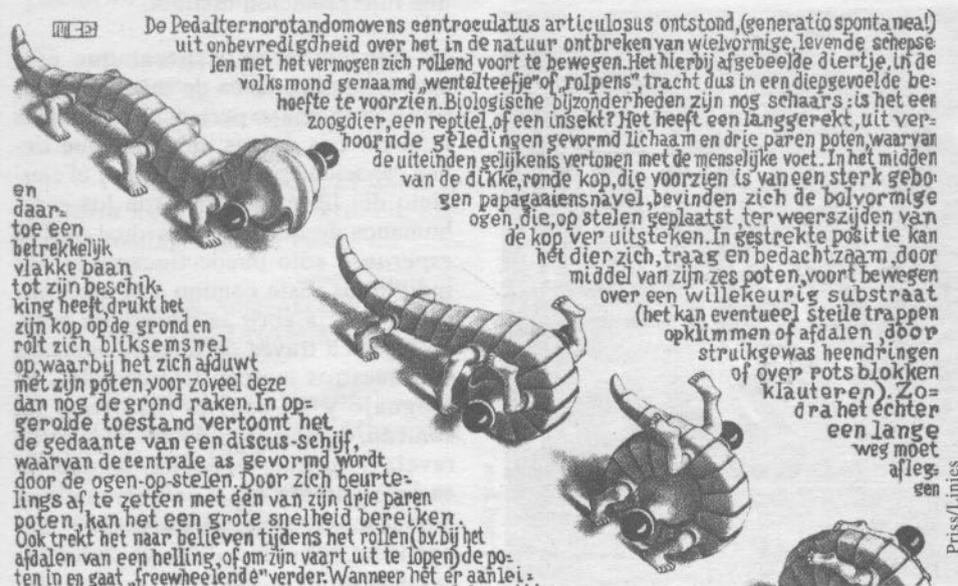
En el marco de este seminario nos toca cuestionar la esperanza, ésa que es tomada por algunos como la luz que alumbra al final del oscuro túnel y otros, como la peor forma de agonía. Se nos presenta hoy con ropajes domingueros. Vestida así, parece inofensiva y todos quisiéramos darle la bienvenida. Sin embargo, la posibilidad de plantear un *currículo* de formación para profesionales de la enseñanza universitaria que posibilite, en un futuro, la formación de universitarios con una visión integrada de las ciencias, exige mucho más que buenos deseos de parte nuestra, exige una reflexión en varias facetas: el lenguaje, la historia y la psicología. Pero sobre todo la teleología.

La primera faceta objeto de la reflexión, es el lenguaje, en su carácter

de herramienta con la cual transmitimos la información, sus condicionamientos y límites. A través del lenguaje verbal y corporal se introyecta un mundo, así desde su nacimiento, algunas palabras llevan aparejadas muecas de disgusto o expresiones de admiración, cuando muchos de los que mecánicamente hacen tales gestos, nunca han experimentado personalmente aquello cuyo gesto califica.

Hemos aprendido el uso de los colores, la expresión de los sentimientos, la valoración del arte, la capacidad de apreciar ciertos sabores, las costumbres de interacción social, por mencionar sólo algunas de las tantas cosas que se han pasado acriticamente de generación en generación. Hemos aprendido a expresar todo ello con el lenguaje, pero al verterlo en él, la intensidad que cada una de esas vivencias produce en nosotros, queda reducido al estrecho margen del lenguaje mismo, por ello, Wittgestein dijo: *Todo lo que puede ser dicho, puede decirse con precisión. Y de lo que no se puede hablar es mejor callar.*

La segunda faceta será la historia, cuya posibilidad de contextualizar, por un lado y enmarcar por otro, impuso los límites. *No hay nada nuevo bajo el sol*, se dice de antiguo. Sin embargo, proponemos que la historia puede ser considerada también como posibilidad de recuperar desde otras miradas, la cultura como experiencia humana y no solamente como proceso civilizatorio. El lenguaje es fiel reflejo de la sociedad y la cultura en la que estamos inmersos. Tenemos entonces que indagar en la cultura Occidental, para encontrar el proceso de angostamiento de potencialidades, que conocemos con el nombre de *unilateralización*. Como



<sup>2</sup> Cfr. González, Luis. Pueblo en Vilo. En esta historia, el autor maneja que los poblitos en México son microcosmos, en el estricto sentido del término, teniendo como macrocosmos social a la Ciudad de México y al mundo.

<sup>3</sup> Gallegos Rómulo, Doña Bárbara.



podemos observar, Occidente ha callado, ha restado matices, ha achatado incluso las rutinas de la vida cotidiana, si éstas por tanto, no tienen un propósito definido, en aras de la eficiencia, se eliminan.

La sociedad actual hunde sus raíces en el Renacimiento, cuando el hombre pasa a ser la medida de todas las cosas; el Racionalismo, con el cual la razón se entroniza como la diferencia definitiva de lo humano; la Revolución Industrial, así como la Revolución Francesa marcan los momentos culminantes en que la eficacia del hacer y el mito de la verdad, expresada en los mandatos razonables de la *subjetividad colectiva*, inauguran la modernidad y condenan a la diferencia, por incomprendible y no codificable. A partir del Siglo XIX, burocracia y tecnocracia se refuerzan mutuamente y tienden a confundirse para realizar a la vez, la integración nacional y la racionalización económica.

La gran mutación científica y técnica de la segunda mitad del Siglo XX completa el ciclo y con ello, cambian los datos en que se expresa el problema hu-

mano. En resumen sus premisas fundamentales son: oportunidad, progreso y felicidad para todos. Puestos los principios y lo que es peor, convencido Occidente de ellos, esgrime las armas y se ha dedicado a tratar de extender su versión sobre lo que la *civilización* debe ser.

La faceta fundamental de la reflexión se centra en los sujetos, a quienes va dirigido cualquier esfuerzo formativo, sin adjetivos ni recortes previos, es decir, el ser humano, como ser y no como recurso.

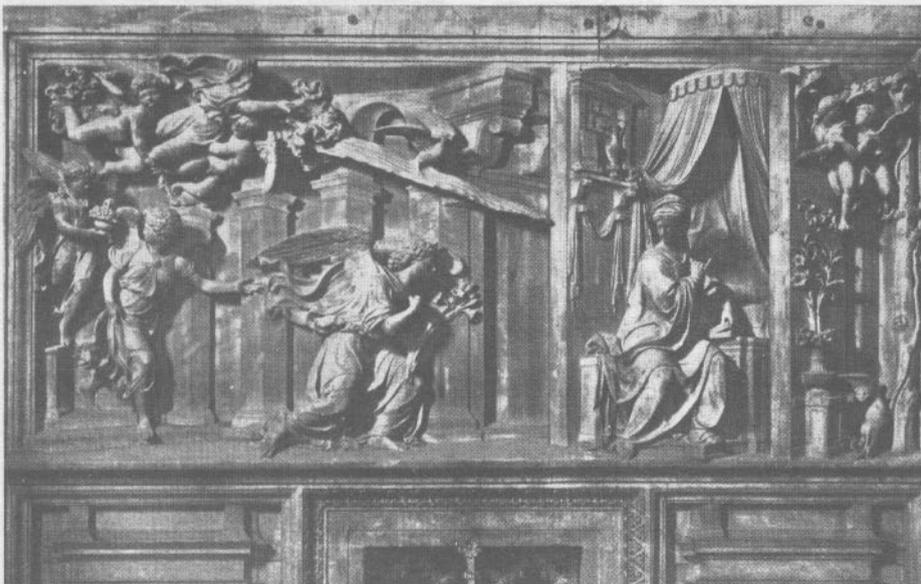
El efecto que han tenido en Occidente los recortes ponderados y las valoraciones diferenciadas, es perverso: la sobrevaloración del dinero como único parámetro de éxito, así como la infravaloración del trabajo y la búsqueda hedonística, han trastocado el ordenamiento social, producto de la ética protestante, generadora del capitalismo.

El efecto, ya sea por la hiperactividad de la *razón*, o por senectud, es la obsolescencia del proyecto de Occidente. O si lo planteamos de otra manera, sería dable esperar que finalmente inicie lo que Jung definió como el pro-

ceso enantiométrico y Occidente al fin, vuelque su indagación sobre sus propios motivos y fines.

La diversidad de aproximaciones a la realidad, como una evidencia empírica, y no como un postulado metafísico, nos permite comprender los claroscuros que la cultura occidental ha instaurado. La razón sensorial, expresada como pensamiento empírico, calificador y circunscrito a sus propios logros y puntos de vista, así como el sentimiento, como función negada de la razón, y la intuición como función negada de la percepción sensorial, han sido relegados a meras comparsas y sólo son permisibles en el ámbito de su manifestación: la filantropía y la creatividad. El contexto de la razón práctica mira con recelo manifestaciones de desprendimiento altruista o de creatividad inútil. Ahora bien, eso no es obstáculo para que en un despliegue de status, aquellos más favorecidos por esta misma razón práctica, paguen cualquier precio, por una expresión plástica objetivada, del inconsciente de un sentimental intuitivo, al que se le da el nombre de artista y que cumple el mismo papel que el *loquito* del pueblo. Este carga sobre sí el estigma que posibilita una interpretación distinta.

Sin embargo, esperar que este proceso se produzca de manera colectiva, como una experiencia mística, es utópico. Las únicas unidades que tienen capacidad para la decisión y el ejercicio del libre albedrío, son los seres humanos de manera individual. Así la *esperanza* sólo puede fincarse en los individuos. Este camino a la *esperanza*, lo podría abrir la pedagogía polemológica a través de la confrontación con nuestros marcos referenciales. El lenguaje y su uso, la historia y su sentido, la indagación de lo que se revela y lo que se oculta, lo que no es transparente en la intencionalidad humana —esto es, el **Para Qué** del quehacer cotidiano—, es el camino a la consciencia.



Priss/Limites



## Bibliografía

- Aaron, Raymond. *Paz y Guerra entre las naciones*. Ed. Alianza. 2 volúmenes. Madrid, 1985.
- Berger, Peter y Luckmann, Thomas. *La Construcción Social de la Realidad*. Ed. Amorrortu. Argentina, 1989.
- Cassirer, Ernst. *Antropología Filosófica*. Ed. F.C.E. Colec. Popular. N° 41. México, 1989.
- Cassirer, Ernst. *El Mito del Estado*. Ed. F.C.E.. Colec. Popular N° 90. México, 1985.
- Collingwood, R.G. *Idea de la Historia*. Ed. F.C.E. México, 1990.
- Copleston, Frederick. *Filosofías y Culturas*. Ed. F.C.E. México, 1984.
- Crossman, R.H.S. *Biografía del Estado Moderno*. Ed. F.C.E Colec. Popular N° 63, México, 1978.
- Delameau, Jean. *El Miedo en Occidente*. Ed. Taurus. Madrid, 1989.
- Fronzizi, Risieri. *Introducción a los Problemas Fundamentales del Hombre*. Ed. F.C.E. México, 1977
- Fukuyama, Francis. *El fin de la Historia y el Ultimo Hombre*. Ed. Planeta Agostini. España, 1995.
- Garibay K, Angel Ma. et al. *La Visión de los Vencidos*. Ed. UNAM. México, 1989.
- González, Luis. *Pueblo en Vilo*. Ed. F.C.E. Colec. Lecturas Mexicanas N° 59. México, 1984.
- Habermas, Jürgen, *Historia y Crítica de la Opinión Pública*. Ed. Gustavo Gili, Colec. Massmedia. México, 1980.
- Hegel, G.W.F. *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia*. Ed. Alianza. Madrid, 1985.
- Jung, C.G. *Tipos Psicologicos*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1972.
- Jung, C.G. *Los Complejos y el Inconsciente*, Ed. Alianza, Madrid, 1992.
- León-Portilla, Miguel. *México-Tenochtitlan, su espacio y tiempo sagrados*. Ed. Plaza y Valdés. México, 1987.
- May, Rollo. *La Necesidad del Mito*. Ed. Paidós. Barcelona, 1992.
- Marcuse, Herbert. *Razón y Revolución*. Ed. Alianza. Venezuela, 1980.
- Masini, Eleonora, et al. *Sociedad y Utopia*. Ed. Nueva Imagen. México, 1983.
- Mitzman, Arthur, *La Jaula de Hierro, Una interpretación histórica de Max Weber*, Ed. Alianza, Madrid, 1976.
- Nietzsche, Friedrich. *La Genealogía de la Moral*. Ed. Alianza. México, 1989.
- Ortega y Gasset, José. *Historia como sistema*. Colec. Austral. Ed. Espasa Calpe. España, 1971.
- Savater, Fernando. *La Filosofía tachada*. Ed. Taurus. Madrid, 1978.
- Séjourné, Laurette. *Pensamiento y Religión en el México Antiguo*. Ed. F.C.E. México, 1990.
- Spengler, Oswald. *La Decadencia de Occidente*. Ed. Planeta Agostini. España, 1993.
- Van Der Post, Laurens. *Jung y la Historia de Nuestro Tiempo*. Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 1978.
- Weber, Max. *Ensayos sobre Sociología de la Religión*. Ed. Taurus. Tres volúmenes. Madrid. 1987-1988.
- Weber, Max. *Escritos Políticos*. Ed. Folios, 2 Vols. México, 1982.
- Wittgenstein, Ludwig. *Los Cuadernos Azul y Marron*. Ed. Planeta - Agostini. España. 1994.
- Wittgenstein, Ludwig. *Tractatus Logico-Philosophicus*, Ed. Alianza, Madrid, 1980.

